

EL MAREMOTO DE ARICA DE 1868
Una versión diferente.

John Gallaher K. *

El maremoto que asoló a Arica el 13 de agosto de 1868, es un acontecimiento que, no obstante el tiempo transcurrido, aún concita interés, dada su magnitud y la increíble aventura protagonizada por el USS Wateree. Lo han mencionado escritores como Alfredo Wormald Cruz, en "Frontera Norte" y Luis Urzúa Urzúa, en "Arica, Puerta Nueva". Recientemente, la prensa y televisión lo han vuelto a poner sobre el tapete. Por lo general, la fuente de información para estos artículos está en el relato hecho por el Contraalmirante L. G. Billings, de la Armada de los Estados Unidos de Norteamérica, publicado por el National Geographic Magazine en enero de 1915. Billings formaba parte de la dotación del Wateree y, por lo tanto, fue testigo presencial de los hechos que narra.

El Wateree -lo describe Billings-, era de la clase de buques contruidos al término de la guerra civil estadounidense para navegar los ríos del sur de ese país. Era de doble timón, teniendo uno a cada extremo (double-ender) y de fondo plano. En 1868 se hallaba de servicio en el Pacífico Sur, arribando a Arica con el buque-almacén Fredonia al remolque, para evitar la fiebre amarilla declarada en El Callao y Lima. Su amurada, donde estaban los cañones, podía, para el empleo de aquellos, abatirse hacia afuera, casi a ras de cubierta y en aproximadamente dos tercios de su extensión. Al comienzo del maremoto, cuando el mar se retiró, las embarcaciones surtas en la bahía quedaron depositadas en el lecho seco del océano, los de quilla, tumbados; el Wateree, adrizado sobre su base plana. El comandante ordenó abatir los portalones de las amuras y cerrar las escotillas, de modo que la gran ola que

posteriormente los cubrió, pudo escurrir desde cubierta sin inundar la nave, permitiendo que ésta saliera a flote.

El artículo de Billings, publicado cuarenta y seis años después, consigna, equivocadamente, el día 8 de agosto como fecha del maremoto, lo que ha inducido, a algunas publicaciones posteriores, a incurrir en error, pero constituye el singular relato de aquel acontecimiento visto desde cubierta. Existe otro, no obstante, de difusión menos conocida, que nos ofrece las impresiones desde tierra de uno de los residentes de Arica.

El "Star and Herald", periódico panameño en idioma inglés, con fecha 5 de septiembre de ese mismo año, publica una carata escrita por el agente en Arica de la Co. Inglesa de Vapores, G. H. Nugent, que ofrece su visión de aquel acontecimiento, y que aquí reproducimos en una traducción libre.

El terremoto inicial.

"Es inoficioso -dice Nugent- entrar en otras materias, ya que escribo bajo el peso de un gran dolor. Arica no existe más. Alrededor de las cinco de la tarde del día trece, se produjo un horrendo terremoto. Apenas tuve tiempo para sacar a mi esposa e hijos a la calle, cuando la totalidad de los muros de mi casa cayeron; caer, apenas si es el término apropiado, ya que fueron lanzados para afuera, como si me los hubiesen escupido. Al mismo tiempo se abrió la tierra eruptando polvo, seguido por un espantoso hedor como a pólvora. La atmósfera se obscureció y yo no podía ver a mi esposa con los niños a dos pies de distancia. Si esto hubiese durado algún tiempo nos habríamos sofocado, pero en cuestión de un par de minutos se despejó y, recolectando mis bienes domésticos, me dirigí hacia los cerros.

Es un misterio cómo logramos pasar entre casas que se derrumbaban, donde vimos a personas, unas muertas, otras mutiladas, pero una Providencia misericordiosa nos protegía. Proseguimos nuestro triste camino en dirección a los cerros con la tierra

sacudiéndose, lo que nos obligaba a avanzar a trastabillones, como ebrios, cuando un gran clamor se dejó oír -"el mar se ha retirado".

La salida del mar.

Apuré el paso y en cuanto alcancé la periferia del pueblo, miré para atrás y vi todos los buques en la bahía arrastrados irresistiblemente mar adentro, a una velocidad probable de diez millas por hora. En pocos minutos la increíble resaca se detuvo; entonces surgió una inmensa ola, calculo que de unos cincuenta pies de altura, que entró con una furia incombustible, arrasando con todo por delante en su espantable grandeza. A la totalidad de las embarcaciones las trajo de vuelta, a veces girando en círculos, pero en rauda carrera a su inevitable destino.

Entretanto, la ola había llegado: impactó el molo, atomizándolo; se tragó mi oficina como si fuera el bocado de un gigante y, en su rugiente progreso, se tragó la Aduana y siguió su curso a lo largo de la calle arrasando con todo. Los restos de mi morada desaparecieron rápidamente, mis lanchas ya habían desaparecido hacía rato y así se completó mi ruina. Observaba sin aliento aquella tétrica visión, pero dándole gracias a Dios que se me preservara la vida a mí y a mis seres queridos.

Cada segundo parecía una existencia. Al mirar el océano, vi los buques aún avanzando hacia la catástrofe y en cuestión de minutos todo se había acabado.

El saldo de la catástrofe.

Todas las embarcaciones se encontraban o bien varadas, o volteadas con su quilla para arriba. El vapor de guerra peruano América, perdió alrededor de ochenta y cinco personas. El vapor de los Estados Unidos Wateree, se salvó con la pérdida de una sola vida; llevado sobre las olas quedó como a un cuarto de milla tierra adentro, desde la vía férrea. El Fredonia, buque-almacén

norteamericano, se hallaba con su quilla para arriba, con toda su tripulación muerta (a excepción del capitán, cirujano y oficial pagador que, estando en tierra, se salvaron).

La barca inglesa Chañarcillo, de Liverpool, yacía bien adentro de la playa y también los restos de un casco, la mitad de cuya tripulación pereció. Una barca norteamericana cargada de guano fue engullida y no ha dejado rastro que indique su suerte. El último de esta infortunada flotilla, un bergantín peruano, fue depositado en la línea férrea, al parecer sin la pérdida de un solo cable.

De lo que ha ocurrido desde entonces no viene al caso entrar en detalles. Casi dos días permanecemos en los cerros, sin abrigo ni alimentos, en un estado de continuo sobresalto, ya que los tembrores no cesaban".

Resulta interesante agregar que la altura de la ola, que Nugent supone en 50 pies (15 metros), coincide aproximadamente con la información proporcionada en la obra "Estudio sobre los Temblores de Tierra" de Edmundo Larenas (Impr. de "El Republicano -Concepción- 1881), donde se indica que las olas que se abatieron sobre Islay e Iquique en esa misma ocasión, fueron de trece metros. "La primera sacudida -dice Larenas- causa del gran movimiento oceánico, parece tuvo su origen a la latitud de Arica, estendiéndose desde ahí hasta Lima por el norte (paralelo 12E, 2') y hasta Copiapó por el sur (27E, 20'), esto es aproximadamente en un espacio de 2077 kilómetros de N. a S. Esto sucedió a las 5 de la tarde del día 13 de agosto; veinte minutos después una ola inmensa inundaba la playa de aquel puerto, le arresaba junto con los de Iquique, Pisagua, etc. ...).

____* Miembro del Directorio del "Museo Fonck" de Viña del Mar.